¡POBRE SEÑOR OSO!

10 CTVS

COLECCION MARUJITA Nº 58

8

¡Pobre señor oso!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

¡POBRE SEÑOR OSO!

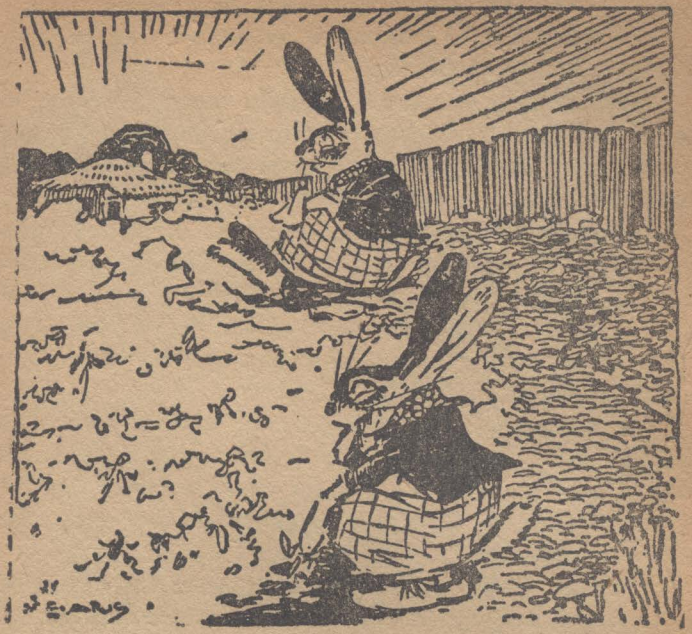
Sucedió una vez que el señor Oso sembró una faja de terreno con guisantes, que crecieron muy bien, de modo que pocos meses después estaba aquel lugar lleno de hermosas plantas verdes. El señor Conejo se asomó un día por la cerca del jardín, vió las matas de guisantes y, en el acto, se le ocurrió la idea de darse un buen festín.

En aquellos días sostenía muy buenas relaciones de amistad con la señora Liebre, de modo que una noche fué a visitarla y le habló de los guisantes.

—Iremos por la mañana, muy temprano, al jardín del señor Oso—le dijo.—Y comeremos tantos guisantes como podamos. El señor Oso estará dormido y roncando. Mientras yo como, se encargará usted de vigilar por si acaso despierta, y cuando usted coma, vigilaré yo. De este modo no nos sorprenderá.

Así, a la mañana siguiente, muy temprano, el señor Conejo y la señora Liebre se encaminaron al jardín del señor Oso y entraron en él por un agujero que había en la cerca. ¡Qué hermosos guisantes! Nunca los hubo iguales.

Los dos compadres comieron todo lo que les fué po-



EL SEÑOR CONEJO Y LA SEÑORA LIEBRE COMIERON TANTOS GUISANTES COMO LES FUÉ POSIBLE

sible. Y cuando el señor Conejo se encargaba de arrancar las vainas de las plantas, la señora Liebre tenía las orejas enderezadas por si acaso despertaba el señor Oso. En cambio, cuando la señora Liebre comía guisantes, el señor Conejo vigilaba a su vez, de modo que estaban muy seguros.

—Eso es magnífico—exclamó el señor Conejo, cuando ya estuvieron hartos.—Ahora vámonos a casa, por-

que el señor Oso suele despertar a esta hora.

—Mañana por la mañana volveremos—dijo, muy satisfecha, la señora Liebre.

Se marcharon y cuando, aquella misma mañana, el señor Oso daba un paseo a corta distancia de las matas de guisantes, vió el suelo lleno de vainas abiertas y vacías, cosa que le encolerizó sobremanera.

—Alguien ha venido a comerse mis guisantes—gruñó.—Y me parece que ya sé quién es. Sin duda el señor Conejo. Pero lo cogeré. Sí, lo cogeré y luego se lo regalaré al señor Zorro. Este será el fin del ladrón. Y lo cogeré mañana por la mañana, porque, con toda seguridad, volverá.

A la mañana siguiente, muy temprano, el señor Oso abandonó la cama y se ocultó detrás del montón de leña. Esperó largo rato y por fin vió que penetraban en el jardín el señor Conejo y la señora Liebre muy alegres y satisfechos.

La señora Liebre se dirigió de nuevo a las matas de guisantes y encargó a su compañero que vigilase al señor Oso, por si acaso despertaba temprano. El aludido rechinó los dientes al notar el descaro de los ladrones y a punto estuvo de soltar un gruñido.

Daba la casualidad de que aquella mañana el señor Conejo estaba hambriento y por esta razón no tuvo paciencia de esperar que le llegase el turno para empezar a comer. Quería hacerlo inmediatamente, aunque le correspondiese encargarse de la vigilancia. Así los dos compañeros se dedicaron a la grata tarea de llenarse la panza, aunque, de vez en cuando, se asomaban al sendero, para convencerse de que no había peligro.

Gracias a eso, el señor Oso consiguió acercarse a los ladrones sin ser visto. Se arrojó de un salto sobre ellos,

POR FIN EL SEÑOR OSO VIÓ A LOS DOS LADRONES
QUE ENTRABAN COGIDOS DEL BRAZO

cuando menos lo esperaban y los agarró por el cuello. ¡Cómo chillaron los dos!

—Sí, ya podéis gritar—exclamó el señor Oso, muy satisfecho al observar su terror.—Chillad cuanto queráis. Ahora mismo voy a llevaros a casa del señor Zorro y si no os come inmediatamente, confesaré que soy un tonto. ¡Ah, señor Conejo! Siempre temí que acabarais mal y ahora habéis llegado al fin de vuestra vida.

Sacó a rastras al Conejo y a la Liebre y, con ellos, penetró en el bosque. Pero en cuanto el señor Conejo se hubo repuesto un tanto del susto, habló al señor Oso, diciendo:

—Bueno, señor Oso, no hay duda de que nos ha cogido usted y, desde luego, estamos dispuestos a acompañarlo a casa del señor Zorro. Pero yo me he dejado el sombrero en casa y con este sol que hace voy a pillar una insolación. El señor Zorro no le agradecerá que me lleve a su casa en tal estado, ya que si me devorase entonces le sobrevendría un dolor muy agudo. Por consiguiente, y en beneficio del señor Zorro, déjeme usted ir en busca de mi sombrero.

El señor Oso le escuchó atentamente, luego lo soltó y le señaló el sendero que acababan de recorrer.

—Ve a buscar el sombrero, Conejo—le dijo.—Y no tardes. Te esperamos.

El señor Conejo se alejó con la rapidez de un rayo y aunque el señor Oso le esperó largo rato, no se molestó en volver. Por el contrario, estaba tranquilamente sentado en su casa y ocupado en comerse unos guisantes que había metido en el bolsillo.

—¿Adónde habrá ido ese estúpido Conejo?—gruñó al fin el señor Oso.—Ya me estoy cansando de esperar.

—Se habrá extraviado, sin duda—contestó la seño-

EL SEÑOR OSO SE LLEVÓ A RASTRAS AL SEÑOR CONEJO Y A LA SEÑORA LIEBRE

ra Liebre.—Quizá sería conveniente que yo fuese a ver si lo encuentro. Y, en caso de que lo consiga, lo obligaré a venir a toda prisa.

—Bueno, ve a buscarlo—dijo el señor Oso sentándose al pie de un árbol.

La señora Liebre salió disparada y tampoco volvió. Y eso a pesar de que el señor Oso esperó durante varias horas, al pie del árbol. Por fin, gruñendo de un modo amenazador, se volvió a su casa.

A la semana siguiente, el señor Conejo y la señora Liebre observaron que habían madurado los frutos de otras matas de guisantes, de modo que, nuevamente, penetraron en el jardín para darse un atracón. Pero el señor Oso los esperaba ya, porque estaba persuadido de

que volverían a robarle los guisantes. Se arrojó, pues, sobre ellos y los agarró de los brazos. Luego los arrastró hacia la casa del señor Zorro. Los dos estaban asustadísimos, pero el señor Conejo recobró casi en seguida la presencia de ánimo y habló al señor Oso, diciendo:

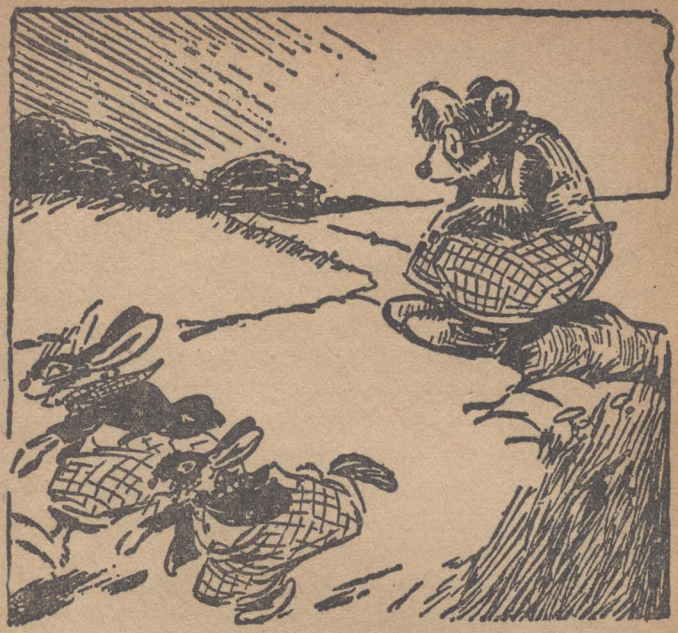
—Oiga usted, señor Oso. Se me ha olvidado el pañuelo en el jardín y siento que voy a estornudar. Ya sabe usted que los caballeros han de estornudar en su pañuelo, de modo que debe permitirme que vaya a recogerlo. No tardaré, porque me acuerdo bien del lugar en que lo dejé olvidado.

—Veo, señor Conejo—le contestó, gruñendo, el señor Oso,—que me consideras muy idiota, pues te figuras que me cogerás otra vez con la misma excusa. Te engañas. No te soltaré, porque estoy seguro de que te extraviarías y ya no tendrías ninguna prisa en volver a mi lado. Ahora te acompañará la señora Liebre, para que vuelvas, y si no lo hacéis, sabré cómo habré de conducirme. Y si la señora Liebre vuelve sin ti le daré una paliza o, en caso contrario, te pegaré si no viene ella.

Dicho esto soltó a los dos, que se alejaron como rayos. El señor Oso se sentó a esperarlos y no hay que decir que pasó largo rato, hasta que, al fin, se durmió. Al despertar vió que se ponía el sol, porque había dormido todo el día.

—¡Caracoles!—exclamó, sorprendido.—¡Pues no es poco tarde! Sin duda el señor Conejo y la señora Liebre volvieron mientras yo dormía y luego se habrán marchado. ¡Qué par de pillos! Pero ya les arreglaré las cuentas. Todas las mañanas vigilaré por si vuelven al jardín y sin duda lo harán en cuanto hayan madurado los guisantes de otras matas.

Regresó a su casa y todas las mañanas se levantaba



EL SEÑOR CONEJO Y LA SEÑORA LIEBRE
SE ALEJARON CORRIENDO

temprano para sorprender al señor Conejo y a la señora Liebre. Pero ninguno de los dos aparecía por el jardín. El señor Conejo se subía todas las mañanas al antepecho de la ventana del señor Oso, para ver si estaba en la cama, y en cuanto notaba que el lecho estaba desocupado, comprendía que el señor Oso se había puesto al acecho y se apresuraba a comunicarlo a la señora Liebre. Y entonces los dos echaban a correr hacia sus respectivas casas.

Una mañana el señor Oso descubrió al señor Conejo

cuando se asomaba a la ventana y luego le vió echar a correr. Adivinó, pues, la treta del Conejo y se dijo:

—Listo eres, sinvergüenza, pero aun así te cogeré.

A la mañana siguiente el señor Oso se levantó temprano, puso dos almohadas en su cama y las envolvió y las cubrió muy bien con la ropa, para dar a entender al Conejo que aun estaba durmiendo. Luego el señor Oso, muy satisfecho de sí mismo, fué a ocultarse detrás de un montón de leña, seguro de que aquella vez lograría sorprender al señor Conejo.

Llegó éste, miró como de costumbre a la cama del señor Oso. Y figurándose que éste aun dormía, empezó a bailar un zapateado a causa de la alegría. Hizo una seña a la señora Liebre y ambos se dirigieron al lugar en que estaban las matas de guisantes. Poco después devoraban a toda prisa, de modo que el señor Oso se congestionó de rabia al ver los estragos que hacían en su cosecha.

De nuevo se arrojó sobre ellos y los cogió por el cuello. Dióles un par de sacudidas y luego tomó el camino para llevarlos a casa del señor Zorro.

—¡Dios mío, señor Oso! ¡Pero si yo le vi a usted en la cama!—exclamó el señor Conejo en cuanto estuvo seguro de que aun podía respirar.

—Pues no estaba—le replicó, muy satisfecho, el señor Oso.—Por esta vez he sido más listo que tú, señor Conejo. En la cama había dos almohadas que ocupaban mi sitio. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué gracioso! Pero tú no podrás reírte del caso, señor Conejo, porque, o dejo de ser quien soy, o esta noche servirás de cena al señor Zorro.

—Es verdad—replicó el señor Conejo, sacando el pañuelo y echándose a llorar.—Y es cierto, señor Oso,

que he llevado una vida muy alegre, pero hay una cosa que me da pena.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Oso.

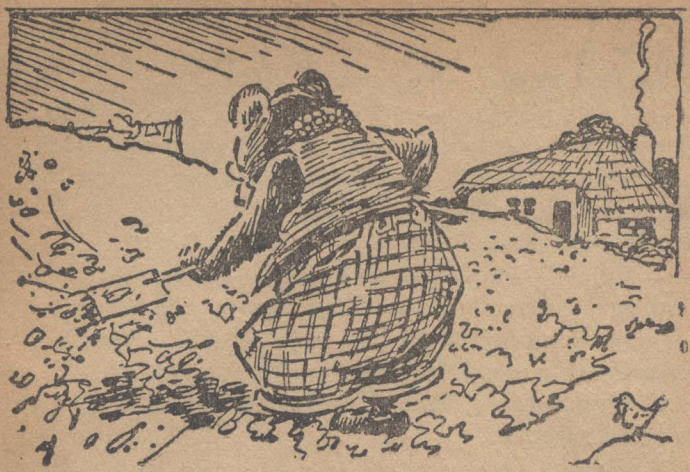
—Pues verá usted—replicó el señor Conejo.—Esta mañana traje conmigo un pote de miel para regalárselo a usted, a cambio de los guisantes que me he comido. Y como lo dejé al pie de las matas de guisantes, las abejas se comerán toda la miel. Y es una lástima.

—¿Sí, eh?—replicó el señor Oso.—Quieres engañarme otra vez, ¿verdad? Sin duda te figuras que voy a soltaros para ir en busca del pote de miel que, seguramente, no está allí y vosotros no volveríais ya. No, no. Tal vez sea un poco tonto, señor Conejo, pero mucho menos de lo que te figuras.

—¡Pero si yo no quiero ir a buscarlo ni le pido tal cosa!—contestó el señor Conejo, al parecer, ofendido.—Si me trata usted con poca bondad, señor Oso, preferiré no darle ninguna miel. ¡Que se la coman las abejas! Cuando vaya usted a buscar el pote, lo encontrará vacío. Y en cuanto a ir a recogerlo, no lo haría aunque me lo rogase de rodillas.

El señor Oso prestó atención a tales palabras y se dijo que sería una lástima perder la miel. Creyó que aquella vez no se trataba ya de ningún engaño, porque el señor Conejo acababa de decirle que no tenía el menor deseo de ir en busca de la miel. Y, por otra parte, el señor Oso estaba decidido a que aquella vez el señor Conejo no se escapara.

—Bueno, señor Conejo—dijo.—Creo que, en efecto, me has traído un pote de miel y te lo agradezco. A pesar de todo, pienso entregaros al señor Zorro, para que os coma. Porque tú y la Liebre estáis hechos un par de tunantes.



EL SEÑOR OSO REGRESÓ A SU CASA Y ARRANCÓ TODAS LAS MATAS DE GUISANTES

—Haga usted lo que quiera—contestó el señor Conejo.—Todo lo que deseo es que las abejas se hayan comido la miel, cuando se halle usted de regreso en su casa. Ya esta mañana noté que había por allí muchas abejas y, con toda seguridad, han encontrado la miel.

Al señor Oso se le hizo la boca agua a fuerza de oír hablar de miel a su prisionero, y le dió mucha rabia pensar en la posibilidad de que se la comiesen las abejas. Así, pues, sentó al señor Conejo y a la señora Liebre en la hierba y dirigiéndose a ellos con la mayor severidad y firmeza, les dijo:

—Bueno. Vais a sentaros los dos aquí y no os mováis hasta que yo vuelva. Yo mismo iré a buscar el pote de miel, para convencerme de que no me engañas. Y si

no lo encuentro en el jardín, en cuanto vuelva te despellejo.

Dicho esto emprendió la marcha a través del bosque y en breve llegó a su jardín. Mas, por mucho que buscó, no pudo hallar el pote de miel. Había una buena razón para ello y era que el señor Conejo no lo había llevado. El señor Oso, lleno de rabia y bien decidido a castigar al señor Conejo y a la señora Liebre, y a entregarlos luego al señor Zorro, para que se los comiese, volvió al lugar en que los había dejado.

Mas ya no los encontró allí. No pudo descubrir el menor rastro de ellos, cosa que no es de extrañar, porque ambos estaban ya en sus casas, riéndose hasta desternillarse, al pensar en el chasco del señor Oso.

Éste, al convencerse de que le habían burlado otra vez, volvió a su jardín y arrancó todas las matas de guisantes.

—Así no se comerán ninguno más—gruñó.—Esto es seguro. Y, además, de este modo ya no me veré obligado a abandonar todas las mañanas mi tibio lecho.

Pero no habría tenido necesidad de arrancar las matas de guisantes, porque la señora Liebre y el señor Conejo habían comido tanto, que enfermaron y durante el resto del verano no pudieron comer siquiera un solo guisante.

Bien es verdad que se lo tenían muy merecido.

LA TRAVESURA DEL GNOMO PEGÓN

Iba el gnomo Pegón silbando alegremente por el sendero. El día era magnífico y él se sentía feliz. En la mano izquierda llevaba el pote de cola y debajo del brazo derecho tres brochas.

Pegón se dedicaba a componer las cosas rotas. Tenía una cola muy fuerte y era capaz de dejar los objetos rotos como si fuesen nuevos. Y estaba muy orgulloso de su habilidad.

Mientras iba por el sendero, vió al lado de una mata un par de zapatos y un sombrero de copa. Se asombró mucho, preguntándose a quién pertenecerían y, al asomarse hacia el otro lado de la mata, vió a un gnomo muy gordo que estaba dormido.

Pegón se quedó mirándolo, extrañado, deseoso de saber quién sería. Vestía chaqueta de seda azul, pantalones de amarillo claro y su porte era muy elegante.

Mientras lo examinaba, a Pegón se le ocurrió una travesura que le hizo sonreír. Humedeció una de sus brochas en el pote de cola y luego, con el mayor cuidado, pintó el borde superior de los dos zapatos e hizo lo mismo con el sombrero de copa. Luego retrocedió, riéndose.

—Ahora lo despertaré para ver cómo se pone los zapatos y el sombrero—murmuró. Se acercó de nuevo a la mata y empezó a gritar:—¡Eh! ¡Eh!

El dormido gnomo se sentó, sobresaltado, y se puso en pie. Miró a su alrededor para ver quién lo llamaba.

—No sé quién me habrá despertado—murmuró.—Pero casi estoy seguro de que he oído gritar a alguien.

EL GNOMO PEGÓN PINTÓ CUIDADOSAMENTE EL BORDE DE CADA ZAPATO

¿Qué hora será? ¡Dios mío, las doce! Llegaré tarde para recibir al príncipe.

Dicho esto se calzó lo antes que pudo y se puso el sombrero. ¡Cuánto se reía Pegón al verlo!

—Lo seguiré para ver qué pasa cuando quiera quitarse el sombrero—pensó.

Lo hizo así, procurando no ser visto, y pronto se dió cuenta de que el gnomo se dirigía a la estación para recibir al príncipe de quien había hablado.

—Cuando quiera quitarse el sombrero, no lo conseguirá—murmuró el malvado gnomo bailando de alegría, al pensar en la broma que se le había ocurrido.

En el camino a la estación, el gnomo gordo observó que se le había metido una piedrecilla en un zapato. Se inclinó, pues, para descalzarse y desalojar la piedra,

pero, con grande asombro, observó que no podía separar el calzado de su pie. Empezó a tirar con fuerza, pero en vano, porque ni siquiera se movía.

—¡Es extraordinario!—murmuró asombrado.—Muy raro. ¿Qué demonio pasa? Nunca me había ocurrido tal cosa. Ahora veré si el otro zapato sale o no.

No tardó en darse cuenta de que tampoco podía quitárselo, porque estaba tan firme como el primero. El pobre gnomo estaba desesperado. Consultó su reloj y vió que llegaría ya muy tarde a la estación. Por consiguiente, echó a correr, aunque cojeando a cada paso, porque la piedrecilla le hacía mucho daño. Pegón lo siguió sin dejarse ver, pues no dudaba de que el gnomo lo haría víctima de su cólera si adivinaba lo ocurrido.

El desdichado llegó a la estación después que el tren. El príncipe, en el andén, miraba a su alrededor, muy disgustado, al darse cuenta de que nadie había ido a recibirlo. En cuanto vió al gnomo gordo se acercó a él y le estrechó la mano, pero se fijó, muy extrañado, en que no se había quitado el sombrero para saludarlo.

Y no porque se hubiese olvidado de ello. Bien lo intentó, pero estaba tan sujeto a la cabeza, como los zapatos a sus pies. Aquello era alarmante.

—¿Por qué no te quitas el sombrero para saludarme? —preguntó el príncipe, enojado.

—Lo siento muchísimo, señor—contestó el gnomo poniéndose encarnado como un tomate.—Pero no puedo quitarlo de la cabeza.

—Sin duda necesitas un número mayor—replicó el príncipe.—Pero, en fin, vamos a tu casa. Deseo ir a pie, porque el camino es muy agradable.

Así, pues, el príncipe y el gnomo echaron a andar,

EL GNOMO GORDO TIRÓ CON TODA SU ALMA, PERO EN VANO, PORQUE NO PUDO DESCALZARSE

pero como el último tenía aún la piedrecilla dentro del zapato, cojeaba de un modo lamentable.

—¿Qué tienes en el pie?—preguntó el príncipe, inquieto, al observar que su compañero cojeaba.

—Se me ha metido una piedrecilla dentro del zapato—contestó humildemente el gnomo.

—Pues sácala—le aconsejó el príncipe.

—No puedo—contestó el gnomo.—Tengo los zapatos sujetos al pie, del mismo modo que el sombrero a la cabeza. Lo siento muchísimo, príncipe, pero no puedo explicarme lo que ha sucedido.

El príncipe se inclinó para examinar los zapatos del gnomo.

—Alguien te ha hecho víctima de una broma—dijo. —El interior de los zapatos está encolado y observo que esa cola es muy fuerte. Déjame mirar si ocurre lo mismo con el sombrero—añadió. Y después de meter un dedo por entre éste y la cabeza, dijo:—Sí, también hay cola. Me gustaría saber quién te ha hecho víctima de esa travesura.

El gnomo Pegón se reía con toda su alma al contemplar la escena. Estaba oculto detrás de una mata, por entre cuyas ramitas podía ver muy bien a los otros dos personajes. Pero ignoraba que el príncipe era un poderoso encantador. Medio minuto después éste pronunció una sarta de palabras mágicas para obligar a que se le presentase el autor de aquella broma, de manera que Pegón, asustado y confuso, vióse obligado a situarse ante el príncipe.

—¡Ah! ¿De modo que eres tú el autor de esa broma estúpida?—exclamó el príncipe, fijándose en el pote lleno de cola.—Ven acá.

Se apoderó de Pegón y le dió tan fuerte zurra, que el bromista empezó a aullar de dolor. El gnomo gordo

EL GNOMO GORDO PERSIGUIÓ LARGO RATO A PEGÓN

contemplaba la escena muy asombrado y luego, arremangándose, exclamó:

—Permitidme que me encargue yo de la segunda parte, príncipe. A mi vez deseo darle una buena zurra. Tengo la mano bastante pesada y le escarmentaré.

Pero en cuanto Pegón vió la poderosa mano del gnomo, echó a correr como alma que lleva el diablo, sin abandonar el pote de la goma y los pinceles. El gnomo gordo lo persiguió un buen rato, pero, al fin, desistió al ver que el travieso Pegón atravesaba las puertas del País de las Hadas, y entraba en nuestro mundo.

Pegón sigue aún entre nosotros y ¿sabéis a qué se dedica? Pues a proporcionar su cola a las arañas, para que hagan sus telas, de modo que no es de extrañar que sean tan pegajosas. Quizá algún día podáis verlo.

EL RELOJ DE CUCO

Un reloj de cuco colgaba de la pared de la habitación reservada a los niños. Cada hora, el pequeño cuco de madera salía por la puertecita de arriba y decía: "¡Cuco!" en voz muy alta. Luego volvía a entrar en su cuartito del interior del reloj y allí se estaba solitario hasta la hora siguiente.

El cuco de madera se sentía muy solo. No tenía nada que hacer dentro del reloj, aparte de mirar cómo funcionaban los engranajes y las ruedas, y estaba cansado de ello. Era un cuco muy inteligente y cuando los niños hablaban cerca del reloj, escuchaba sus menores palabras y aprendía muchas cosas.

Sabía que Jaime Hobbs es el mejor jugador de **cricket** del mundo, porque oyó a Juanito declararlo así un centenar de veces y sabía que siete veces seis son cuarenta y dos porque un día Bárbara tuvo que subirse a un banco y decirlo doce veces de carrera por no haberlo aprendido bien el día anterior.

Veis, pues, que era un cuco muy sabio y enterado, teniendo en cuenta que vivía encerrado en un reloj todo el día. Sabía otras muchas cosas aparte de las que os he dicho y sentía deseos de hablar con alguien del gran mundo exterior, pero nadie venía nunca a verle. Los niños le habían oído decir: "¡Cuco!" tantas veces, que ya no se fijaban en él y, excepto cuando Juana, la camarera, sacaba el polvo del reloj todas las mañanas, nadie se le acercaba.

AL DAR LAS DOCE EL HADA PITAPAT ENTRÓ VOLANDO POR LA VENTANA

¡Una noche ocurrió una cosa maravillosa! El hada Pitapat invitó a todos los juguetes del armario a una fiesta que se celebraría a media noche. ¡Qué contentos se pusieron!

El oso de felpa, la muñeca vestida de marinero y el "Bebé" se limpiaron y acicalaron tanto como pudieron. La muñeca holandesa, toda de madera, restregó su rostro sonrosado hasta que estuvo reluciente, y la japonesa ató nuevamente su faja formando un hermoso lazo con las puntas. Los soldados salieron de su caja, y al dar las doce, el hada Pitapat entró volando por la ventana.

El cuco tuvo que salir en aquel instante para cantar doce veces y abarcó la escena con la vista. Pensó para sí que Pitapat era el hada más bonita del mundo y, de pronto, el corazón le dió un salto en el pecho, porque Pitapat había levantado los ojos y al verle exclamaba:

—¡Qué lindo cuco! ¡Qué hermosa voz tiene! He de invitarle a mi fiesta.

Voló hasta el reloj y pidió al cuco que asistiera a la fiesta. Éste tembló de placer y aceptó. Bajó volando entre los juguetes y bien pronto estuvo a sus anchas con ellos.

La fiesta estaba en su apogeo y todos se divertían de lo lindo cuando la puerta se abrió lentamente. Pitapat fué la primera en verlo y lanzó un pequeño grito de temor.

—Pronto—dijo.—¡Alguien viene! Volved todos a vuestro armario.

Los juguetes se refugiaron en su armario, en un abrir y cerrar de ojos, precisamente en el instante en que Bigotes, el gato negro, sacaba la cabeza y miraba dentro de la habitación. Vió algo que se movía, pegó un salto y cogió a la pobrecita Pitapat, que iba a escapar volando por la ventana.

El cuco estaba sano y salvo en su cuartillo del reloj y atisbó por la puerta al oír gritar a Pitapat. Cuando vió que Bigotes la tenía cogida, no supo de momento qué hacer. Los gatos le inspiraban un miedo horrible, pero no podía soportar la idea de que Pitapat estuviese en peligro sin que nadie acudiera a socorrerla.

Gritando: "¡Cuco!" con todas sus fuerzas, voló atrevidamente hasta el suelo. Cogió con su pico de madera la punta de la cola de Bigotes y tiró de ella con toda su fuerza. Bigotes ignoraba quién le tiraba tan fuerte de la cola y se volvió para verlo.

En un segundo, el cuco saltó sobre Pitapat y la cogió entre sus garras. Voló hasta su reloj y, jadeante, dejó al hada dentro del cuartito. Bigotes lanzó un maullido de disgusto al darse cuenta de que el hada había desaparecido y saltó por la ventana.

La luna iluminó la estancia y el cuco pudo ver a Pita-

EL CUCO COGIÓ LA COLA DE BIGOTES Y TIRÓ DE ELLA

pat con claridad. Parecía muy enferma y estaba blanca como un copo de nieve. El cuco estaba seguro de que le convenía meterse en la cama, pero no había cama en su cuartito.

Recordó de pronto la camita de la casa de muñecas del armario de los juguetes. Echó a volar y pidió a la muñeca-marinero que hiciera el favor de prestársela. No tardó en coger la camita en su pico y en volar con ella hasta el reloj.

Metió a Pitapat en el lecho y le trajo una taza de leche que fué a buscar en la despensa de la casa de muñecas. El hada le dijo que se encontraba mucho mejor y le dió las gracias. Luego, dejó caer la dorada cabeza en la almohada y se durmió profundamente. ¡Qué contento se puso el cuco al ver que la había salvado! ¡Para él, Pitapat era la cosa más bella que había en el mundo!

Durante una semana entera le hizo compañía y hablaron y rieron juntos. El cuco sintió que la tristeza se apoderaba de él a medida que terminaba la semana, porque adivinaba que se encontraría más solo que nunca al marcharse su amiguita.

Entonces se le ocurrió una idea maravillosa. ¡Si Pitapat consintiese en casarse con él, vivirían siempre juntos y no se encontraría nunca más solo! Pero ¿consentiría un hada en vivir en un cuartito, dentro de un reloj, con un cuco de madera, viejo y extraño? El cuco meneó la cabeza, seguro de que se negaría y una gruesa lágrima rodó de uno de sus ojos hasta su pico.

Pitapat lo vió y, corriendo hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y le rogó que le dijera la causa de su tristeza.

—Estoy triste y me siento desgraciado porque pronto te irás y volveré a encontrarme solo—dijo el cuco.—

Te quiero mucho, Pitapat, y quisiera ser otra cosa que un viejo cuco, feo y con una voz estúpida, que vive en el cuartito interior de un reloj. Si fuese un hermoso petirrojo o un zorzal cantor, tal vez consentirías en casarte conmigo y viviríamos felices para siempre.

—No eres viejo ni feo—exclamó el hada.—Y tu voz es la más hermosa que conozco. Vales más que cualquier petirrojo o zorzal, porque eres el pájaro de más corazón que hay en el mundo. Me casaré contigo mañana mismo y viviremos juntos en tu reloj.

¡El cuco no podía creer en su buena suerte! Invitaron a todos los juguetes a la boda y Pitapat le compró al cuco una corbata azul que le prestaba gran elegancia. Después de la fiesta volvieron al reloj y bailaron un zapateado en su cuartito, de puro contentos que estaban.

—Arreglaré este cuarto hasta que no parezca el mismo—dijo alegremente el hada.—Colgaré cortinas azules de las ventanas y pondré tiestos de geranios debajo. Compraré unas sillitas rojas y una mesita que haga juego. ¡Oh, nuestra casita será preciosa, cuco!

Se puso al trabajo y logró arreglar la habitación más bonita que nunca se haya visto. Al cuco le gustaba mucho y un día, cuando Pitapat trajo una alfombra azul nueva y la colocó en el suelo, sintió una alegría tal, que olvidó salir de su puertita a las diez y cantar: "¡Cuco!"

Bárbara estaba sola en la habitación y se sorprendió al ver que el cuco no salía a cantar. Tomó una silla y la colocó debajo del reloj. Se subió encima y abrió la puertecita.

Con asombro y alegría vió el cuartito de Pitapat, bonito y alegre. El cuco y Pitapat estaban sentados y tomaban chocolate con bizcochos. ¡Qué sorpresa la suya

al ver la puerta abierta y los grandes ojos de Bárbara muy cerca de ellos!

—¡No divulgues nuestro secreto, querida Bárbara!—exclamó Pitapat.—¡Somos tan felices! ¡No lo digas, por favor!

—No diré nada—prometió Bárbara.—Pero dejadme echar una mirada a vuestra linda casita cada día. ¡Es tan pequeña y hermosa!

—Puedes hacerlo y nos alegraremos—dijo el cuco, levantándose y saludando.

Todos los días, cuando no hay nadie en el cuarto de los niños, Bárbara echa una mirada al interior del reloj y os alegraréis al saber que ha tenido palabra... ¡No ha confiado el secreto a nadie!

EL HERMOSO LAPICERO DE PLATA

El día de su santo, Julio recibió, como regalo, un lapicero de plata, cosa que le agradó en extremo, porque ninguno de sus compañeros tenía otro semejante. Si se daba vuelta a la contera del lapicero, asomaba la mina por la punta y luego, debajo del extremo posterior, tenía una goma de borrar, sin contar con una provisión de minas. Era un lápiz estupendo.

Incluso los maestros de la escuela solían pedírselo prestado. Ya se comprende cuán orgulloso estaba Julio de su lapicero y cómo lo rodeaba de cuidados. Un día estaba dibujando en el jardín con su lápiz y su madre lo llamó para que se probase un traje nuevo, de modo que el niño dejó en el jardín el dibujo y el lapicero.

Al regresar observó que el último había desaparecido. De momento se figuró que se había caído al suelo, pero, por más que lo buscó, no pudo encontrarlo. Registró igualmente sus bolsillos con la esperanza de habérselo guardado, distraído, pero tampoco lo encontró.

—Ha desaparecido mi lapicero de plata, mamá—dijo muy triste.—Lo dejé en la mesa del jardín cuando vine a probarme el traje y ya no está allí. Me sabe muy mal haberlo perdido.

—Es una lástima—replicó su madre.

En unión de su hijo salió al jardín, en busca del lapicero, y en vista de que no podía hallarlo dijo:

—Bueno, hijito, se ha perdido. ¿Sabes si ha entrado alguien en el jardín mientras estabas dentro de la casa?

—Se lo preguntaré a la cocinera—dijo Julio.

UTILIZABA UN LAPICERO DE PLATA

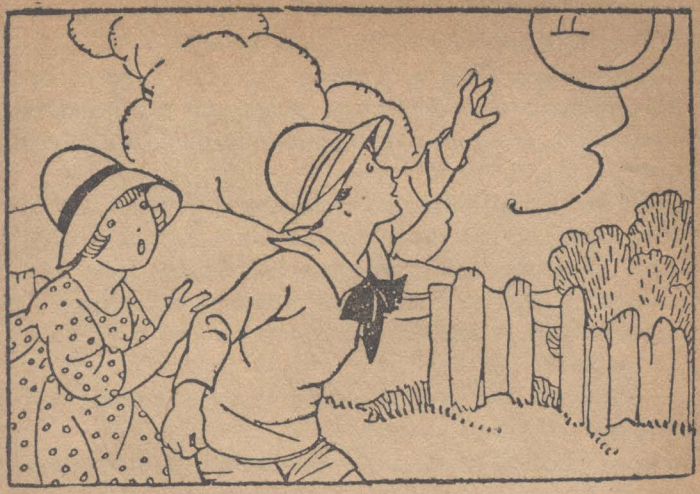
Pero la buena mujer contestó que no había visto a nadie en el jardín.

Julio tomó un lápiz de madera roja y continuó su dibujo. Mas no podía olvidar su hermoso lapicero de plata y estaba muy triste.

Un rato después llegó Juanita, su hermana, de un paseo que acababa de dar con su abuela. Ésta le había comprado un hermoso globo rojo y muy grande, de modo que Julio, lleno de admiración, casi llegó a olvidar su lapicero. Pero cuando Juanita le invitó a jugar con ella, no aceptó.

—No—contestó.—He perdido mi hermoso lapicero de plata, Juanita, y no tengo ganas de jugar.

En vista de eso, la niña empezó a retozar sola. Como el globo ya no tenía fuerza ni para subir, Juanita po-



PROCURARÉ COGER TU GLOBO

día arrojarlo y recogerlo cuando descendía suavemente. Pero, de pronto, llegó una fuerte racha de viento y antes de que Juanita pudiese cogerlo, el globo se elevó por el aire.

—¡Julio! ¡Julio! ¡El globo se ha escapado!—gritó la niña.—¡Ven en seguida! Ya está atravesando el seto.

El niño levantó la mirada y vió que, efectivamente, el globo atravesaba el seto de avellanos que había en el extremo del jardín.

—Es inútil, Juanita. No podré alcanzarlo—dijo.—Has sido una tonta de dejarlo marchar.

—¡Oh, qué disgusto tengo!—exclamó Juanita echándose a llorar.—Me gustaba tanto ese globo como a ti el lapicero de plata.

El niño, al oír estas palabras, echó a correr. Atra-

vesó el seto y salió al sendero. El globo huía impulsado por el viento y Julio emprendió su persecución.

Pero no era fácil alcanzarlo. Parecía como si estuviese animado de inteligencia, porque en cuanto el niño se acercaba, daba un nuevo salto y se ponía fuera de su alcance.

Una vez en el extremo del sendero, se elevó bastante y pasando por encima de un roble que había allí se dirigió al prado del granjero señor Colás. Julio siguió corriendo y persiguió el globo a través del arroyo, llegando, por fin, jadeante, a la colina verdosa que había al otro lado.

—¡Maldito sea!—pensó.—Ya estoy acalorado y me temo que no podré alcanzarlo.

Luego recordó el disgusto de Juanita y continuó corriendo. El globo se dirigió a otro campo y, por último, se posó en el fondo de una zanja.

—¡Ah!—murmuró Julio.—Ahora sí que te tengo.

Pero se engañó, porque cuando se disponía a cogerlo, el viento volvió a apoderarse del globo y se lo llevó lejos.

El globo se dirigió a un castaño y, por suerte, el hilo se enredó entre las hojas. Gracias a eso Julio se encaramó y pudo apoderarse de él. Ató el hilo a su muñeca y cuando se disponía a descender del árbol, vió algo muy curioso. Notó que lo miraban dos ojos muy brillantes. Julio interrumpió su descenso y miró. Era un mono sentado entre las ramas del árbol. El asombro del niño fué tan grande, que, de momento, no supo qué decir ni qué hacer. Hasta entonces nunca había visto un mono en un árbol. De pronto notó que aquel animal llevaba un collar, del cual colgaba una cadenita.

—Se habrá escapado de algún sitio—pensó el niño.—

VIÓ EN EL ÁRBOL A UN MONO

Me gustaría saber de dónde. Será mejor que comunique este hallazgo, porque seguramente se trata de algún animal muy querido por sus dueños.

De pronto se le ocurrió una idea. Se apoderó de la cadena del mono y la ató sólidamente en torno de una rama.

—Ahora no podrás escaparte de aquí—dijo al mono.

Julio descendió del árbol y luego se dirigió a la casa más cercana, para darles noticia del mono.

—Sin duda es el que pertenece al explorador que vive en esa casa—le contestó la dueña, señalando a otra vivienda que había al lado del camino.—Y sé que quería mucho a ese mono. Ve a decírselo.

Así lo hizo Julio. Lo recibió un hombre corpulento y en extremo simpático.

—Sí, mi mono rompió esta mañana la cadena y se escapó—dijo el explorador.—Y he tenido un disgusto muy grande. Ahora, si me acompañas, iremos a cogerlo—añadió.

En breve llegaron al pie del árbol y en cuanto el hombre vió al mono atado por la cadena a una rama, quedó muy complacido.

—Eres un chico inteligente—dijo a Julio.—Tú, Pituso, ¿qué haces ahí? Ven aquí en seguida.

Deshizo el nudo de la cadena y en el acto el mono se puso de un salto sobre su hombro, charlando con la mayor volubilidad. Luego entregó una cosa a su amo. ¿Qué os figuráis que era?

Pues un hermoso lapicero de plata.

—¡Oh, el mismo que perdí esta mañana!—exclamó Julio.—Mire usted, aquí están mis iniciales: J. V. Julio Velázquez.

—Es un suceso curioso—exclamó el explorador.—Sin duda el mono te lo ha robado. ¿Cómo se te ocurrió registrar ese árbol?

El niño le refirió que su hermanita había perdido el globo.

—Ya ves cómo has sido recompensado por tus esfuerzos—comentó el dueño del mono.

Julio regresó, muy satisfecho, a su casa, pues había recobrado el lapicero de plata y llevaba el globo de su hermanita.

—¡Qué bien, Julio!—exclamó la niña, en cuanto su hermano le hubo hecho el relato de sus aventuras.—Ha sido una suerte que salieras en busca de mi globo.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Lujosos tomos encuadernados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

CUENTOS DE HADAS JAPONESES

CUENTOS DE HADAS INGLESES

CUENTOS DE HADAS DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS DE GRIMM

●

Precio de cada tomo:
$ 2.30

URGEL 245

BARCELONA

EDITORIAL MOLINO

GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES